

DELICIA EN LA MEDIANÍA

Federico Patán

En España subsiste el credo de que todo tiempo pasado fue mejor. Es un credo tan clavado y remachado como el creer en un Dios Todopoderoso.

F.C. Sáinz de Robles

He aquí que, al leerse las *Cartas marruecas* (1774) de José Cadalso (1741-1782), termina imponiéndose al lector la presencia definitiva y casi constante de Nuño Núñez. Forma, con la maleable personalidad de Gazel y la sabia lejanía de Ben-Beley, el triángulo de personajes que sirve de estructura a la obra. Y como, en tanto que personaje, constituye transparente disfraz tras el cual se oculta Cadalso, representa por lo mismo un interesante material de estudio.

Ahora bien, antes de contestar a la pregunta ¿quién es Nuño Núñez? atendamos a ciertos aspectos marginales de la misma, tocantes al enfoque aplicado en el libro. *Cartas marruecas* tiene lazos de familia con *Los viajes de Gulliver* (1726), de Swift, con las *Cartas persianas* (1721), de Montesquieu, y, a futuro, con *El pobrecito hablador* (1832), de Larra, en su propósito de comentar la situación existente en un país. En distintos niveles de concentración, la sátira transita por las páginas de estas obras. Sucede que en ellas, recurso asaz manido para nuestros días pero efectivo en perspectiva histórica, un personaje totalmente ajeno al ámbito visitado sirve como herramienta de observación y crítica. Al encontrarse en un mundo para él nuevo, este viajero —pues tal suele ser— no sufre el embarazo creado por el hábito, por el roce cotidiano con ciertos modos de vida y ciertas costumbres, y capta los acontecimientos del diario quehacer con ojos de inocencia plena, permitiéndole esto proponer comentarios, prohibidos a quien vive hundido en la rutina por el simple hecho de en ella verse hundido. En este caso, la lejanía permite la claridad. En *Cartas marruecas* Gazel tiene a su cargo ese papel.

Pero pensemos que el observar no basta. Perplejo ante ciertas actitudes, ante ciertas pláticas, ante ciertos obstáculos inexistentes en su lugar de origen, el viajero,

de encontrarse solo, sufriría un doble riesgo: perder tiempo excesivo en buscar razones que le explicaran lo visto o no encontrar dichas razones. En ambos casos, el libro en ciernes carecería de propósito. Un guía viene a resolver el problema.

Este guía precisa cumplir varios requisitos. Uno, ser del país, pues ello lo hace conocedor del mismo y le permite responder sin dilación a las preguntas curiosas del visitante. Dos, pertenecer a una capa social que le dé libre acceso a casi cualquier lugar sobre el cual sea preciso ejercer la crítica. Tres, preparación cultural suficiente para enfrentarse a todo tipo de cuestiones. Cuatro, ingenio y, por lo general, capacidad para la ironía. Cinco, resultante casi lógica de todo lo anterior, ser de mayor edad que el visitante, pues esto permite el libre intercambio maestro-alumno ideal en tales casos. Nuño Núñez llena la parte en *Cartas marruecas*.

Y queda por explicar el tercer ángulo del triángulo que hemos venido describiendo, ángulo no siempre de cuerpo presente en este tipo de literatura. Si el visitante viaja y su guía lo instruye en los porqués del país explorado, un personaje más pudiera hacerse necesario: el guía espiritual receptor de los comentarios epistolares del joven viajero. En *Cartas marruecas* Nuño Núñez comenta a España desde su esencia hispánica; critica porque el país le duele. Ben-Beley comenta a España desde el exterior, desde la posición tranquila de alguien sin intereses emotivos en el país criticado. Así, Nuño Núñez y Ben-Beley —ambos hombres maduros ya— gravitan sobre Gazel y le permiten una doble perspectiva respecto a casi cada uno de los puntos que se comentan. En palabras de John Hughes, “la ‘verdad’ ha de ser transmitida por un ‘hombre de bien’, el cual la comunica a otro no informado, y ha de ser juzgado por un tercero, considerado capaz de averiguar su valer” (p. 31). Con ello el lector gana, pues el juego irónico surgido de las comparaciones hechas entre España y Marruecos enriquece sobremanera la narración, ya que deja clara la intención de crítica ejercida por Cadalso.

Explicada así la estructura de *Cartas marruecas*, es nuestro siguiente paso dedicarnos a la cuestión con que abre este ensayo: ¿Quién es Nuño Núñez? Tres maneras de captarlo tenemos. Una, la directa: lo que el propio personaje dice y su manera de expresarlo. Nos viene este material, ante todo, de lo que escribe, sea su diccionario, sea su historia de España, sean sus cartas. Las otras dos son indirectas, en mayor medida la segunda que la primera. Ésta proviene de las observaciones de Gazel: meros vislumbres de Nuño Núñez según lo entiende la mirada cándida y admirativa del joven moro. Viene la segunda de los comentarios hechos por Ben-Beley, surgidos ocasionalmente de las reacciones producidas en el viejo moro por las cartas del español y en número mayor por las misivas de Gazel. Con ello, la personalidad de Nuño Núñez resulta a la vez bastante clara y de mucha importancia para comprender ciertos aspectos de la España del siglo XVIII.

Comencemos deslindando el personaje a partir de lo obvio: Nuño Núñez no es de la clase baja. Tan no lo es, que sólo circunstancialmente parece recordar la existencia de ese estrato social, pauta ya muy indicadora de cómo piensa este español. Tampoco parece pertenecer a la corte, pues ausente se encuentra en el libro todo indicio al respecto. Dadas sus actividades y la gente a la cual frecuenta, parece lógico tomarlo por un hidalgo. Lo sabemos cristiano y “hombre que ha pasado por

muchas vicisitudes de la suerte, carreras y métodos de vida” (carta 1). No se sabe con certeza cuál haya sido su oficio y, pese a sus afirmaciones de lo contrario, gusta de la tertulia, de los paseos y de los viajes. Lo adivinamos maduro en años: así lo indica su existencia llena de experiencias, el retiro en que dice vivir, la asentada y calmada rutina de sus días y su vista cansada. Pero también lo necesitamos maduro, pues será la sabiduría surgida del mucho haber vivido lo que le permita guiar al joven Gazel. He aquí, pues, cómo Cadalso crea un vehículo de crítica permitiendo el reflejo propio en el Nuño Núñez de sus *Cartas*. Vehículo, que no personaje. Carece Nuño Núñez de la lejanía espiritual necesaria a toda existencia independiente. Carece de ella porque resulta inútil. Voz ha de ser para comentar a España y no hombre que la viva. Encontramos, por ello, congruencia entre el discurso literario empleado en estas *Cartas* y las máscaras usadas para expresarlo.

Es Nuño Núñez un hidalgo acaso cincuentón que vive ya —o parece vivir— sin el apuro de un trabajo rentable. Lleva, si a las *Cartas* nos atenemos, cómoda existencia de persona sin problemas económicos. Vive, si las *Cartas* no mienten, dedicado a las actividades sociales y, oposición inexplicable, “separado del mundo y, según su expresión, encarcelado dentro de sí mismo” (carta 1). Gusta, si a las *Cartas* volvemos, de viajar por su patria, de leer y de escribir. Goza criticando. Hay, en él, la capacidad de emplear la sorna e ironía para expresar sus pensamientos.

Ahora que vamos a penetrar en Nuño Núñez con el propósito de aclarar los límites de su visión crítica, conviene tomar muy en cuenta los elementos que lo han conformado: su origen social y sus constantes y casi nunca detalladas experiencias. Junto a ello, los dos niveles de crítica en él presentes: aquél enfilado abiertamente contra la situación de España y el dedicado a la condición humana como tal. Uno que se diría franco y abundante y otro, el segundo, más bien oculto y escaso. Pasemos a examinarlos por turno.

Si España fue poderosa en el XVI, no lo era ya para el XVII. Anderson nos da las posibles razones de tal caída:

El desplome del poderío español, sobre todo durante la catastrófica generación de 1660 a 1690, es un hecho sin paralelo en la historia europea y no resulta fácil de explicar. Ciertamente, a él contribuyó la agobiante carga militar impuesta por la necesidad de defender las posesiones europeas de España: Nápoles, Sicilia, Milán, Cerdeña, los Países Bajos meridionales, y el Libre Condado de Borgoña. La abrumadora influencia de la Iglesia católica ciertamente era hostil en muchas formas al progreso económico (p. 12).

Y, razones de igual peso, “...la manía de los títulos y las comisiones gubernamentales, que desvió tanta energía y capital hacia usos improductivos y extendió por toda España la mentalidad rentista y la del funcionario, a expensas de la del comerciante, del artesano y del industrial” (p. 12). Quien acuda a las páginas escritas por Sarrailh encontrará expresadas en muchísimo mayor detalle las mismas consideraciones. Así pues, la España que a Nuño Núñez le ha tocado vivir es un país —si nos atenemos a la visión de los críticos y a la de este personaje— en el

colapso total. A lo largo de las *Cartas marruecas* Nuño Núñez nos irá dando su opinión sobre la situación española y, al comentar las razones de dicha situación, entregará la esencia de su carácter como hombre, de su modo de ser.

Cuando se critican las condiciones en que pueda encontrarse cualquier nación, dos soluciones se presentan de modo natural: volverse hacia el pasado o encaminarse hacia el futuro. Habrá quien agregue la posibilidad de nada hacer, de refugiarse en la pasividad. Apliquemos a Nuño Núñez esta vara de medir y examinemos la información obtenida.

Muy a principios ya de las *Cartas marruecas*, en la 3, tenemos nuestro primer material, pues aparece reproducida en ella la historia de España escrita por Nuño Núñez para Gazel. Es de subrayar la manera en que Núñez hace sobresalir el denodado esfuerzo de los españoles por defenderse de todos los invasores que sobre el país cayeron, pues tal enfoque claramente indica cuáles acciones cuentan como mérito para él. Se deja sentir aquí, ya, la inclinación de este hombre por lo castrense; para él, defender la patria, morir por ella, son conductas de orden superior. Junto a esto encontramos la admiración de Nuño Núñez por el ayer. Cree ciegamente en que todo tiempo pasado fue mejor; y razones le da España para pensarlo. Pero recordemos que las mismas razones se le han dado a Jovellanos, con la diferencia de que éste se lanza hacia el futuro e intenta soluciones; tibias, pero soluciones.

Esa admiración de Nuño Núñez por el pasado surge repetidamente en las *Cartas*. No es otra cosa la rabiosa defensa que de Hernán Cortés emprende en los veintiún puntos enumerados en la carta 9, donde surge plena la inclinación de Nuño por los hechos de armas gloriosos, por los hombres de acción valientes, por la capacidad de lucha del español. Compruébase esto en la lista de héroes que propone para componer una historia heroica de España. Dice al respecto en la carta 16:

El mucho número formaba la gran dificultad de la empresa... Entre tantos insignes, si sabe alguna preferencia que no agravie a los que excluye, señalaba como asuntos sobresalientes después de don Pelayo, libertador de su patria, don Ramiro, padre de sus vasallos; Peláez de Correa, azote de los moros; Alonso Pérez de Guzmán, ejemplo de fidelidad; Cid Ruy Díaz, restaurador de Valencia; Fernando III, conquistador de Sevilla; Gonzalo Fernández de Córdoba, vasallo envidiable; Hernán Cortés, héroe mayor que los de la fábula...

Esta enumeración, por si misma, es índice inequívoco de la mentalidad que guía a Nuño Núñez. Pasemos a la carta 44 y escuchémoslo:

¿Pero quién no se envanece, si se habla del siglo anterior, en que todo español era un soldado respetable? Del siglo en que nuestras armas conquistaban las dos Américas, y las islas de Asia; aterraban a África, e incomodaban a toda Europa con ejércitos pequeños en número, y grandes por su gloria, mantenidos en Italia, Alemania, Francia y Flandes; cubrían los mares con escuadras y armadas de navíos, galeones y galeras.

No cabe duda al respecto, Núñez ama el pasado y, en él, la potencia que como imperio tuvo su patria. Y le duele, precisamente, verla segundona entre las demás naciones de Europa. Cabe completar esta imagen del apego al pasado con una cita más. Dice: “Pero así como el que entre en un hospital de locos se admira del que ve en cada jaula hasta que pasa a otra en que halla otro loco más frenético, así el siglo que ahora vemos merece la primacía hasta que venga otro que lo supere. El inmediato será, sin duda, el superior” (carta 82). Y tenemos, a lo largo del libro, ejemplos frecuentes de esta obsesionada aceptación del pasado, sea en el orden académico, en el económico o en el moral.

He aquí, pues, el primer rasgo distintivo de Nuño Núñez. El más subrayado en él sin la menor duda. Esta entrega incondicionada al pasado parece indicarnos que estamos ante un hombre conservador, para quien ningún aspecto agradable tiene el presente. No cabe sorprenderse cuando su hermana dice de él: “Mi hermano no abandona su humor de misántropo; él siente todavía furiosamente el siglo pasado...” (carta 35). Notemos que en ese pasado Nuño Núñez encuentra hidalguía, bravura, poderío, orden y un sentido de patria, ideas todas de corte castrense, indicadoras de una mentalidad peligrosamente inclinada a mantener pautas poco funcionales ya.

Pero, a la vez, dichas ideas tienen su causa. ¿Por qué desprecia Nuño Núñez a su siglo? Volvamos por el revés todo lo anteriormente escrito y hallaremos las razones que mueven a este hombre. Sabemos ya de su enfoque imperialista respecto al modo de ver la historia. Imperialista puesto que el dominio territorial y marítimo, la imposición de un orden por la fuerza política o militar y el manejo del concepto patria son aspectos clave en su nostalgia por la grandeza perdida. Para Nuño Núñez la integridad moral se encuentra reflejada en el predominio de un país o un hombre sobre los otros países y hombres. Si se pierde la capacidad de acción, se pierde todo.

Escribe Nuño sobre la historia de España. Al comentar la época en que distintas tribus dominaban la península, informa: “Largas revoluciones inútiles de contarse en este paraje trajeron del Norte enjambres de naciones feroces, codiciosas y guerreras, que se establecieron en España; pero con las delicias de este clima tan diferente del que habían dejado, cayeron en tal afeminación y flojedad, que a su tiempo fueron esclavos de otros conquistadores venidos del Mediodía” (carta 3). Llega el momento de mayor grandeza española y nos dice: “[Fernando II] murió dejando a su pueblo extenuado con las guerras, afeminado con el oro y la plata de América, disminuido con la población de un mundo nuevo, disgustado con tantas desgracias, y deseoso de descanso” (carta 3). Y luego, al hablar del español, nos informa:

Son muchos millares de hombres los que se levantan muy tarde, toman chocolate muy caliente, agua muy fría; se visten, salen a la plaza, ajustan un par de pollos, oyen misa, vuelven a la plaza, dan cuatro paseos, se informan en qué estado se hallan los chismes y hablillas del lugar, vuelven a casa, comen muy despacio, duermen la siesta, se levantan, dan un paseo en el campo, vuelven a casa, se refrescan, van a la tertulia, juegan a la malilla, vuelta a casa, rezan el rosario, cenan y se meten en la cama (carta 85).

La perspectiva es clara. Si tomamos en cuenta la vena de estoicismo que el crítico inglés Nigel Glendinning (ver bibliografía) encuentra en Cadalso, comprenderemos que tal filosofía se vea reflejada en Nuño Núñez y conforme su manera de calificar los hechos de países y hombres. En el momento mismo en que cualquier fuerza vital queda presa de la blandura venida de la riqueza, su capacidad de supervivencia termina.

Son éstas —la capacidad de lucha y la incapacidad de acción— etapas sucesivas de un fenómeno histórico que Ben-Beley —hermano espiritual de Núñez— resume en la carta 88: “Un pueblo acostumbrado a delicadas mesas, blandos lechos, ropas finas, modales afeminados, conversaciones amorosas, pasatiempos frívolos, estudios dirigidos a refinar las delicias y lo restante del lujo, no es capaz de oír la voz de los que quieren demostrarle lo próximo de su ruina”. Nuño Núñez quiso ser una de esas voces premonitorias, pero sufre —ironía no contemplada por Cadalso— una incapacidad de acción surgida del desengaño y la decepción, causas que, según creemos, ayudan a explicar su conducta. Por lo pronto, volvamos a la visión que Núñez tiene de la historia: mientras un país es capaz de conquistas y luchas, digno es de encomio; sujeto de críticas se vuelve cuando la molicie penetra en sus hábitos. La carta 7 resulta muy reveladora en este sentido, pues en ella ataca Nuño al “señoritismo” que parece afectar a España en ese momento de su desarrollo. Es un fenómeno de ningún modo desusado en etapas históricas posteriores. Cuando el padre ha hecho fortuna con base en el esfuerzo propio —no caigamos ahora en juicios de valor moral respecto a los métodos que suelen acompañar a tal esfuerzo—, el hijo lo malgasta en diversiones. Y en ello lo ayuda un cortejo de sirvientes aduladores que de adular viven, como ocurre con el Tío Gregorio en las *Cartas marruecas*.

Así pues, tenemos ya los siguientes puntos aclarados respecto a Nuño Núñez: dice no gustar del presente y, por lo mismo, se vuelve hacia el pasado. Le disgusta el hoy porque no encuentra en él las virtudes de estoicismo y entrega existentes en el ayer. Rechaza la blandura y flojedad de la vida que le es contemporánea y parece aspirar a cierta fuerza física y espiritual vislumbrada en siglos anteriores. Y en la molicie halla la causa de que “España desde el fin de 1600 [sea] como una casa grande que ha sido magnífica y sólida, pero que por el decurso de los siglos va cayendo y cogiendo debajo a los habitantes” (carta 44). Sin duda por ello Hughes encuentra a Núñez muy alejado “del clima intelectual nacionalista, futurista y progresista de los ‘philosophes’ (p.55)”.

Pero todo esto no indica una visión clara de los hechos por parte de Nuño. Se nos han estado entregando consecuencias y algunas causas de ellas. Pasemos al ámbito económico en busca de otras. El “señoritismo” que arriba se mencionaba indica la presencia de una riqueza fácil. ¿Venida de dónde? América es la respuesta. Basándose en informaciones provenientes de Nuño, Gazel explica cómo “los muchos caudales adquiridos rápidamente en Indias distraen a muchos de cultivar las artes mecánicas en la península y de aumentar su población” (carta 3). Parecemos tener aquí una relación causa-consecuencia bastante aceptable, reforzada por ese rasgo español de “desprecio a la industria” (carta 21) que en sus

compatriotas ve Nuño y confirma Sarrailh con múltiples ejemplos. Será en la carta 51 donde se expresen claramente las soluciones propuestas. Pero éstas surgen de Gazel y tocan a Nuño, quien ninguna ofrece. Digno de atención es que el joven viajero vea en la creación de lujos la respuesta al problema económico español. Dado que España todo necesita importarlo, para satisfacer las necesidades superfluas de su clase acomodada, ¿por qué no fabricarlo en casa y evitar fuga de divisas? Este enfoque clasista existe a todo lo largo del libro.

Ahora bien, Nuño Núñez apunta razones del descabro económico de España, pero jamás ofrece vías de alivio. Insiste (carta 24) en ver la raíz de este mal en las Indias, lo cual, siendo cierto, resulta muy parcial, pues otros elementos han intervenido en crear la situación existente. A Nuño Núñez le falta una visión clara de los hechos. Carece de una perspectiva adecuada respecto al pasado y respecto al futuro. Lo captamos dueño de un barniz de información, pero ayuno de una preparación adecuada. Peca de criticar en amplitud y no en profundidad. Es un tipo no raro en España, como nos atreveremos a apuntar más adelante.

Contradictorio, Nuño Núñez vive apresado en sus limitaciones. En la carta 85 ataca duramente a quienes llevan existencia de ocio. Pero no toma en cuenta que él mismo, al parecer ya retirado de sus actividades, gusta de pasear por “la calle principal de la corte” (carta 40), hecho un mar de atenciones para los viandantes, pues la “urbanidad... es casi religión en Nuño”. Se dice apartado en sí mismo, pero acude a las tertulias y en ellas introduce a Gazel. Quejas expresa sobre la situación intelectual del país, pero nada publica de lo que lleva escrito. Le ofende la vana existencia de un anciano ochentón, pero olvida que poco parece estar haciendo él mismo. Le duele la inútil matanza del pueblo en las guerras modernas —las antiguas son, para él, otra cosa—, pero niega a ese pueblo el derecho a conocer e instruirse (carta 87). Y a lo largo de las *Cartas marruecas* se presentan en abundancia tales contradicciones.

Mucho del interés que Nuño Núñez presenta surge de tales contradicciones, puesto que España misma era en el XVIII país lleno de ellas. Sociedad de embrionaria clase media, la española parece vivir de su pasado y desinteresarse del futuro, al igual que Nuño Núñez. Parece deleitarse en olvidar su situación dedicándose a diversiones banales. No piensa. Nuño sí, pero desde una perspectiva sumamente estrecha. Para él, el mundo existe en razón de la clase aristocrática o hidalga y su visión sigue un camino único. Mira en derredor desde una pequeña loma y toma por general el trozo de paisaje que tal asomo de altura permite. España y Nuño vegetan en el conservadurismo.

Nuño Núñez habla mucho de patria, pero sin definirnos nunca lo que por tal término entiende. A partir de una abstracción —patria— se lanza a una serie de críticas. Y esa conducta siempre ha sido base de posiciones sin solidez ideológica. Pensemos también que para Nuño no existe el pueblo como fuerza de sostén. Sabe de él, pero de un modo desinteresado. El pueblo asoma aquí y allá (cartas 7, 14, 64, 87), generalmente descrito de un modo negativo y sin que se lo comprenda en su situación. Es la de Nuño Núñez una actitud aristocratizante. Representa, cabalmente, la vida pasiva de un personaje de la clase acomodada, cuya diversión

principal consiste en criticar, pero sin darle a su crítica un sólido basamento político, social e histórico. Nuño Nuñez es, en mucho, la crítica por la crítica. Al ejercer tal pasatiempo de espaldas al futuro, desde una posición casi hueca de sostenes filosóficos y perpetua contradicción entre lo que se dice y lo que se hace, el personaje se nos entrega como un ser hundido en la inmovilidad. Disimula con la crítica la falta de aliento. Es un poco el batueco de Larra; es un poco ese “hombre del casino provinciano” de Machado y es, un poco, el español del XX que en el café grita sus inconformidades. Una España parece repetir, en estos hombres, su camino.

Dijimos en el párrafo anterior “casi hueca de sostenes filosóficos”. Viene el casi en razón de cierta perspectiva, acaso de mayor profundidad, que parece servir a Nuño Nuñez como fundamento de su posición ante el hombre. Se trata del aspecto general que comentábamos al principio de este ensayo.

Prestemos oído a Nuño Nuñez. Escribe a Ben-Beley: “Dichoso tú, que separado del bullicio del mundo empleas tu tiempo en inocentes ocupaciones, y no tienes que sufrir tanto delirio, vicio y flaqueza como abunda entre los hombres sin que apenas pueda el sabio distinguir cuál es vicio y cuál es virtud entre los varios móviles que lo agitan” (carta 21). Confirma a Gazel en su idea de que “...la naturaleza del hombre está corrompida; y para valerme de tu propia expresión, suele viciar hasta las virtudes mismas” (carta 44) y añade: “Créeme, Gazel: la miseria humana se proporciona a la edad de los hombres; va mudando de especie conforme el cuerpo va pasando por edades; pero el hombre es mísero desde la cuna al sepulcro” (carta 53). Ante una concurrencia dice: “Esto prueba lo que mucho tiempo se ha demostrado, a saber: que los hombres corrompen todo lo bueno” (carta 80). Si partimos de estas citas, obligatorio será ver en Nuño Nuñez a un escéptico, a un amargado respecto a las posibilidades de bien en el hombre.

¿Podría deducirse de esto la consecuencia existente entre la opinión que Nuño tiene sobre la condición humana y sus críticas a la España del XVIII? Definitivamente no. ¿Qué objeto habría en tales críticas si el ser humano fuera malo por naturaleza? Justo sería achacarlo todo a la esencia del hombre y los comentarios que Nuño Nuñez hace a lo largo de las *Cartas* estarían de más. Por otro lado, ¿cómo concertar esa imagen pesimista con las glorias cantadas por el propio Nuño respecto a ciertos conquistadores, guerreros y gobernantes? La contradicción vuelve a asomar la cabeza y casi queda como razón final de la conducta mostrada por Nuño.

Pero Nuño es honesto. No es la suya pose para el mundo externo, sino hábito creado por la sociedad que lo rodea y el carácter heredado. En mucho, insistimos, Nuño es la España del XVIII, consciente en sus mejores momentos de las deficiencias que la anulan y crítica de tales deficiencias, pero dada a la vez a diversiones vanas y a goces superficiales. Nuño Nuñez vive en la pasividad surgida de sus contradicciones y de su carencia de una ideología rectora, capaz de darle el sistema feliz para ir venciendo sus debilidades. Sin saberlo, se revuelve en el enojo de su propia ineficiencia, que en Nuño Nuñez se expresa en el criticarlo todo, en el criticar como ocupación, en el criticar como disfraz de la inmovilidad.

Tomamos, pues, a Nuño Núñez por espejo de su época y en él vemos reflejada la conciencia de una clase inconsciente, cuyo futuro comenzaba a tambalearse ante el surgimiento —tardío en España— de una clase media pujante y activa. Nuño Núñez, marginado por voluntad propia del transcurrir histórico, se adivina marginado, a futuro, de todo transcurrir vital. El desarrollo económico-social de un país no tiene lugar para quien hace razón de vida del apartamiento vacío. Esta debilidad interna vuelve a Nuño Núñez el hombre que es: un ser cuya marginalidad presente busca coraza en las glorias guerreras del pasado. Estamos ante la nostalgia como excusa.

BIBLIOGRAFÍA

- ANDERSON, M.S. *La Europa del siglo XVIII*. México, Fondo de Cultura Económica, 1974.
- AZORÍN. "Los ideales de antaño", en *Buscapiés*. Tomo I de *Obras completas*. Madrid, Aguilar, 1975.
- . "El siglo XVIII", en *El alma castellana*. Tomo I de *Obras completas*. Madrid, Aguilar, 1975.
- . "Cadalso", en *Lecturas españolas*. Tomo I de *Obras completas*. Madrid, Aguilar, 1975.
- CADALSO, José, *Cartas marruecas*. Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1952.
- GLENDINNING, O.N.V. *El siglo XVIII*. Tomo 4 de *Historia de la literatura española*. Barcelona, Ariel, 1973.
- HUGHES, John. *José Cadalso y las "Cartas marruecas"*. Madrid, Tecnos, 1969.
- SARRAILH, Jean. *La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*. México, Fondo de Cultura Económica, 1974.